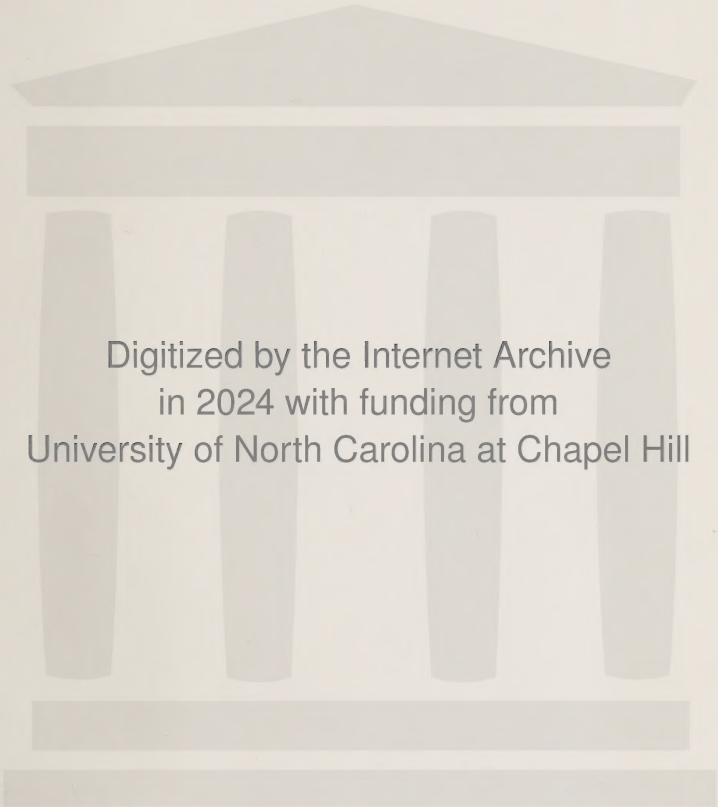
THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.M65
L3
1925


Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lalamparaenigmat00mont

ROBERTO MONTESINOS

LA LAMPARA ENIGMATICA

(POESIAS ESCOGIDAS)

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1925

PQ8549
.M65
43
1925

DEDICATORIA

Al General Vincencio Pérez Soto,
protector de esta obra, la dedica

ROBERTO MONTESINOS

6619- 154

Al Ilustre Conductor de los destinos Nacionales, Benemérito Gral J. V. Gómez, como una rotunda demostración de respeto y adhesión, le envía este libro, fruto de la Paz conquistada el 19 de Diciembre de 1908, su muy devoto

Roberto Montesinos

Caracas 19. Diciembre 1925.

A la mayor gloria de mis padres

PROLOGO

LA LAMPARA ENIGMATICA

Aplicando cierta vez Gómez Carrillo una conocida anécdota referente a Baudelaire, en lo que respecta a la civilización occidental, sugiere estas reflexiones: "Un día, en una ciudad africana, como alguien se echara a reir contemplando un ídolo negro, Baudelaire, muy serio, le dijo: —Tenga Usted respeto... Quién sabe si este es el verdadero Dios!...—. Esta frase, que ayer era una paradoja, es hoy una línea filosófica de conducta. Quién sabe si lo remoto, lo fantástico, lo inaudito, no contiene la esencia de lo bello y de lo cierto! Quién sabe si las civilizaciones opuestas a la nuestra no son superiores a la que vamos a imponer en Asia y en Africa!".

Lo que en la cita anterior reza con la civilización puede con mejores razones aplicarse a uno de sus aspectos, como lo es la literatura. Si desde mediados del siglo pasado invadió a la poesía una fiebre perniciosa, una alucinación diabólica, podemos al menos tener en cuenta que el contagio se verificó de un modo regular y al mismo tiempo inexplicable, ni más ni menos que a la manera de esas oleadas epidémicas, de esas extravagancias que han a ocasiones introducido la superstición o la moda en épocas en que una cultura satisfactoria lo hacían improbable. Lo inmoral en este sentido tiene una extensión indeterminada en cada época, y nos choca o nó por consiguiente la lectura de obras clásicas que obtuvieron la aprobación de sus contemporáneos, y hoy las juzgamos mediante un criterio más o menos diverso. Algún concepto del "Hamlet" de Shakespeare, por ejemplo aquel del acto III, escena XI (That's a fair thought to lie between maids' legs), han parecido inadaptables al decoro de un drama, aun

puestas en boca de un personaje que se finge loco; y por este camino hallamos numerosos ejemplos en la historia de la literatura. Podríase reparar que estos son lugares aislados en cada composición, que poco o nada influyen en el fondo general de la obra, y que al fin y al cabo todo dependerá del carácter personal de cada autor, bastando en tal caso presentar, juntos uno al otro, a Virgilio y a Horacio, o a Marcial. Pero en las circunstancias de la propaganda simbólica y del marcado sensualismo que la ha acompañado no se podría eficazmente invocar tal argumento, y hemos de suponer una modificación particular en el gusto de la época y de creer que esa modificación está subordinada a las ideas que privan con razón o sin ella en esa época.

Una colección de poesías escogidas del señor Roberto Montesinos, que ahora tenemos a la vista, nos ha traído a estas consideraciones, que en especial convienen al modernismo, movimiento que parece haber adoptado Montesinos al escribir las diversas poesías que integran la expresada colección, a la que él ha dado el título de "La Lámpara enigmática"; porque (dice él mismo), "¿Qué otra cosa es la poesía que una lámpara ardiente ante el enigma?". No pretendemos demostrar que Montesinos ha retrocedido unos cincuenta o sesenta años para establecer su punto de partida como poeta; pero el caso es que se descubren ciertas semejanzas entre él y el modernismo, en los términos en que los literatos franceses lo idearon. Cuando hace treinta años afirmaba Mallarmé que los parnasianos, tomando del todo un objeto y mostrándonoslo, se despojan del misterio, sentaba en el extremo opuesto el axioma de una escuela, y acercándose cuanto es posible a lo enigmático se internaba por lo mismo en una zona de penumbra o de obnubilación. "Nombrar un objeto (decía), es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema resultante de la dicha de adivinar poco a poco. Sugerirlo, hé aquí el ensueño. El uso perfecto de ese misterio constituye el símbolo, sea mostrando un estado del alma al evocar por grados un objeto, sea al contrario escogiendo un objeto para desprender por una serie de desciframientos un estado del alma" (Mallarmé, "Encuesta sobre la evolución literaria", 1891).

Los maestros del arte han cavilado al rededor del símbolo a más y mejor. Sería temerario precisar las conclusiones a que han llegado y compendiar los principios peculiares de la poesía en esta fase de su evolución; pero nos aventuramos a repetir que a la hora actual, y aquí en América, es probable que los efectos

del símbolo se hayan aclimatado a su manera. Conforme él mismo se expresa, Montesinos enciende suavemente su lámpara

> Como los sacerdotes de los cultos antiguos,
> adoradores de las penumbras sagradas
> en donde se confunden los contornos ambiguos
> y quedan en suspenso rumores y pisadas....,
> Y en el recinto sacro de mi hermético templo
> yo seré, en la observancia de mi ritual, ejemplo
> vivo y fiel de egoísmos y de renunciamiento.

Son versos fuertemente matizados con el embriagante ensalmo que aquende el Atlántico se derramó por todas partes después del parnasismo. Una elegía y un nocturno encabezan una sección designada con el sugestivo nombre de "Mi hora romántica", precisamente bajo la advocación epigráfica de un concepto del gran sacerdote romántico Alfredo de Musset, del que añadió a la liturgia martirológica de su secta el nombre inolvidable de Lucía; y van y vienen sonetos, forma favorita del "orfebre" contemporáneo, y pasan las estrofas de amorío en amorío, de voluptuosidad en voluptuosidad, agotando los perfumes del ensueño, en apasionadas ofrendas consagradas por la melancolía y los recuerdos de una felicidad que palideció, no muy lejos quizá del primaveral entusiasmo de la vida.

Rara vez deja de caldear en intenso calor el metal precioso que extrae y elabora este artífice larense. Hijo de una tierra poco adaptada al intangible mundo de los sueños, nieto de un hombre eminente y benemérito que fué el padre intelectual de varias generaciones escolares del occidente de Venezuela y biznieto de uno de los afortunados guerreros que alcanzaron a ver el día en que el triunfo de la libertad fué anunciado por Bolívar desde el campo de Carabobo, de los que allí midieron sus fuerzas con las aguerridas huestes realistas. Montesinos ha sabido honrar con su talento y con el esmerado cultivo de su inteligencia ese abolengo de que bien puede envanecerse y ese enérgico atavismo del suelo nativo, ahora transformado en fuerza equivalente, reaccionaria por más señas, contra la enseñanza clásica antes admitida para el arte poética de las aulas.

Algunas "evocaciones antiguas", semejantes a las que un tiempo cultivó Gabriel Muñoz, representarían, entre los versos de Montesinos, la época histórica en que floreció el helenista francés autor de los "Poemas antiguos". Otros más puede que guarde aquél entre lo inédito; pero las evocaciones aquí presen-

tadas son pocas, y es verosímil suponer que no sea este género el que prive en sus inclinaciones. Tengamos así en cuenta que ocupando "Los Poemas malditos" poco más o menos la mitad de las composiciones originales contenidas en el volumen, parece acertado tomarlos como tipo de su producción literaria, basando en ellos la crítica del caso.

Cuando en 1884 publicó Verlaine sus estudios acerca de Tristán Corbière, Arturo Rimbaud y Estéfano Mallarmé, fué algo más personal en el calificativo. "Los Poetas malditos" fué el título del libro; y alguna similitud provocan por otra parte "Las Fiestas galantes" del Pauvre Lélian (1869) cuando leemos las primorosas "Rimas galantes" de Oscar Sutil. Es por lo demás legítima causa de extravío juzgar a un autor por lo que nos instruyen fragmentos de sus trabajos, y aun por trabajos realizados durante una parte de su vida en que su raciocinio no ha alcanzado un cabal desenvolvimiento en punto a convicciones.

Detengámonos, pues, en estos "poemas malditos", y supongamos además que en la introducción de ellos hemos de hallar una traza para descubrir el punto capital de vista bajo el cual fueron escritos.

> Yo amo la profunda hora de medianoche,
> cuando el Bajísimo hace su saturnal derroche
> de pavorosas cosas....

Es un cuadro siniestro de magia negra, que excede en sus detalles a lo que algunas obras bastante conocidas han tomado de esta rica materia. Pintura animada de aquelarre, desenfadada revista del prostíbulo, de la tahurería, del manicomio, aparente refundición del Diablo Cojuelo y del Diablo Mundo. No se trata sin duda de satánicas decoraciones o de alguna misa negra descrita en "Là-Bas" por Huysmans, cosa apenas tolerada en prosa y de pésimo gusto en poesía; pero la fabricación del pan infernal es inquietante, y en vano buscaríamos en la Celestina (la censura entonces daba miedo) más extravagantes maleficios y brujerías. Con todo, pasando, repasando y traspasando sitios que con gran sosiego examinó el Manco de Lepanto, pudiera por obra de la imaginación convertirse esta invitación en símbolos, convenientemente iluminados por la fúnebre luz de alcohol desnaturalizado con que al efecto equipara el poeta el fulgor del plenilunio.

En nuestro concepto, esta invitación, dirigida a la amante que finge el poeta, no corresponde en su significación alegórica, ni en el orden de las ideas, al propósito y plan de las composi-

ciones de que están formados los "Poemas malditos". A menos que a primera vista no lo pueda entender así el lector, a causa del intenso escepticismo o el extraordinario capricho del verso. En la culta sociedad parisiense parecieron cosa extravagante hasta no más "Los amores amarillos" de Corbière, y de común acuerdo resolvióse boicotear el libro y perseguir al autor, hasta después de muerto, con el castigo de la indiferencia. Tratósele de loco, y a su libro como un atentado contra la moral. Eran los días de exasperación que sucedieron al desastre de Sedán. Casi igual fracaso se ganó Rimbaud. Y a despecho de las frases casi despectivas de Julio Laforgue y de Remigio de Gourmont, fueron dos hombres despreocupados, tildados también de extravagantes, Verlaine y Huysmans, quienes rehabilitaron esos poetas malditos.

Es que en Francia evolucionaron las ideas con su acostumbrada versatilidad, tan admirablemente explotada por los periodistas, y nó para mayor gloria de la república. Ya hoy podemos saborear en colecciones o antologías "El barco ebrio" de Rimbaud: ya también "La muerte del ensueño" de Roinard, y la Romería a Santa Ana de la Palud y el Día del perdón, de Corbière. Se ha apartado un poco o mucho la cuestión de ética, y persiste la de estética como punto principal. La moda preocupa mucho más que el decoro personal o la moralidad. Fenómenos.

Montesinos parece trabajar en dos épocas de la poesía, pugnando por combinarlas. Baudelaire y Mallarmé son como puntos de referencia en su labor. "La Lámpara enigmática" contiene algunas traducciones de poesías de Heredia, Mallarmé, Verlaine y Houssaye. Estas traducciones, aunque libres, tienen el grado de exactitud requerida en el traslado del original, hasta donde nosotros podemos entender. Ya se sabe cuán difícil e ímprobo es el papel del traductor, y cuán prevenidos hemos de estar con el estilo de Mallarmé. Nadie, en efecto, intentaría vencer las dificultades que entonces ocurren, si no fuera muy noble y legítimo el deseo del traductor para que en su propia lengua pueda ser comprendido hasta donde fuere posible una obra que merezca ser conocida de todo el mundo civilizado. Los decadentes franceses, fuera de la instrucción clásica que recibían, eran por lo común versados en el inglés; pero el verso libre y los principios del modernismo no deben sentirse muy a sus anchas entre los tiránicos preceptos señalados al traductor.

LISANDRO ALVARADO.

LA LAMPARA ENIGMATICA

MI HORA ROMANTICA

EPIGRAFE.

Como los sacerdotes de los cultos antiguos,
Adoradores de las penumbras sagradas,
En donde se confunden los contornos ambiguos
Y quedan en suspenso rumores y pisadas.
Yo, silenciosamente, en actitud hierática,
Obedeciendo a un misterioso deleite,
Vierto en vaso de arcilla mi espiritual aceite
Y enciendo suavemente mi lámpara enigmática.
Alumbrará en lo hondo, en lo profundo. El verso
Se alzará silencioso en loor al Universo....
Será el ritmo luz ténue que irradie el sentimiento.
Y, en el recinto sacro de mi hermético templo,
Yo seré, en la observancia de mi ritual, ejemplo
Vivo y fiel de egoismos y de renunciamiento.

RECORDANDO

A Ramón Hurtado.

I

—¡Divino encanto májico! La cita clandestina
Tiene el recojimiento de una misa divina....
La ventana es altar; hostia sacra es el beso
Que alza, con unjimiento, el espíritu preso
Por el Deleite y, la carne y los huesos,
Floridos de emociones, se asemejan a esos
Rosales que embalsaman el alma de las cosas
Con la sensualidad fragante de sus rosas...
—¡Por Dios, no digas eso...!
Me interrumpió sellando mis labios con un beso.
Entonces yo le dije—¿No quieres que prosiga
Elojiando las buenas horas de nuestra vida
Y traduciendo en rimas, el recuerdo, te diga
El secreto encantado de la hora perdida?
—¡Por Dios, no digas nada!
Dijo y en un suspiro volvió a quedar callada.

II

En las noches de luna sus dedos, en el piano,
Daban quejas románticas sobre el clamor humano.
Sus blancos dedos gráciles se hundían en el teclado:
Diríase cada tecla un pájaro encantado.
Se tramaban ensueños en esas horas vagas
Que el salón transformaban en castillos de magas
Y sus manos volando, sobre el teclado, inquietas
Ponían en armonías ensueños de poetas:
Cosas que, a fuer de buenas, suspenden el aliento...
(¡Los trinos de los pájaros; los suspiros del viento!)
Cosas que, entre sus dedos, eran aroma en flor...
(¡Las brisas en los árboles.... la voz del surtidor!)

Había en mi alma la fiesta de una pascual mañana
Y soñando... soñando miraba, claramente,
El rayo de la luna que entraba, oblícuamente,
Como la escala bíblica, por la abierta ventana.
El piano ponía su alma musical en sus manos.
Eran cinco sonámbulos mis sentidos humanos:
¡La magia de sus manos!—¡fragancia de las rosas!
Vertía, como en mi alma, dones sobre las cosas.

III

Los dos éramos jóvenes: nuestras sentimentales
Cartas de enamorados ensueños en sartales
Llevaban, por palabras, en líricos renglones;
Se decían cosas buenas nuestros dos corazones....
Cosas puras y frájiles, cosas sinceras, cosas
Que, mientras más ingenuas, parecen más hermosas.
Yo le ofrecía mis versos; mi corazón abierto;
Un rosal, una casa campesina y un huerto.
Ella, cuyas esquelas tenían entrelazadas
Dos manos, ofrecía serme fiel con letras sonrosadas.
Como Pierrot funámbulo—¡tenía la noche bruna!—
Para rimarle versos me inspiraba en la luna
Y ponía en mis estrofas los deslumbrantes brillos
De los inverosímiles y encantados castillos.
Le hablaba de visiones soñadas por las rosas
Todo en oro ilusorio de palabras hermosas.
Docto, le hacía el elogio del íntimo embeleso
Que embriaga los sentidos al dar el primer beso.
Y a todas mis epístolas ponía punto final
Con un "tu eterno fiel" y una sola inicial....

(.....¡Oh, los enamorados!)
Eso lo han repetido grandes apasionados.

Lo que un galán escribe para su bien amada
Quizá, por valer mucho, casi no vale nada...

IV

A la luz de sus ojos—emanación de estrellas—
Orienté en el camino muchas veces mis huellas.
¡Cuántas veces, soñando, su silueta veía
Sobre nubes de ensueño como una epifanía!
Mi alma de mundano, de negros vicios llena,
Ante su aparición se hacía piadosa y buena.
Mi alma de mundano, cuyos siete pecados
Aullan como, en un foso, siete leones hambreados
Y, como las terribles fieras del Coliseo,
Sus pupilas se encienden en llamas de deseo.
Tienen rojo el pelaje. Lento el paso sutil.
Sacuden las melenas cual medioevales golas
Rujen, y fustigándose los flancos con las colas,
Enseñan en las fauces puñales de marfil
Esperando, famélicos, la hora de los placeres
Para hartarse, insaciables, con carne de mujeres....
¡Oh, evocación de vírgenes que ha visto la leyenda
Llena de luz la frente y de espinas la senda!
También ella hasta el foso de mis fieras bajaba
Y con sólo mirarlas su furor terminaba.
Porque cuanto hay de bueno se concertaba en ella;
Porque cuanto hay de puro dentro de su alma era:
Los pájaros y el trino; la flor en primavera
El diamante y los versos.... el fulgor y la estrella.

V

En las tardes doradas, cuando, en el occidente,
Arquea sus resplandores el sol languideciente,
Nuestras confidenciales horas, en el jardín,
Tenían voces secretas de un encanto sin fin.
Sin ninguna malicia, ceñidos, en el banco
Aspiraba el perfume de su corpiño blanco.

El tazón en la fuente destrenzaba sus ondas
Y el viento suspiraba, jugando, entre las frondas.
Juntas nuestras dos almas, fugaces golondrinas,
Volaban de la carne como de un templo en ruinas.
Sin duda era la hora lo que a su corazón
Evocaba los versos de una vieja canción
Porque rimaba entonces—con su boquita en flor—
Las Doloras cristianas del viejo Campoamor,
Recitaba, de Becquer, aquellas golondrinas
Que han de volver un día jugando peregrinas
Y, así como lo rezan los dulces madrigales,
De nuevo, con sus alas, golpearán los cristales.
Ella amaba lo triste, dolorosa obsesión,
Que hacía presentir algo malo a mi corazón;
Pasaba horas mirando la luna, las crisálidas,
Los rosales, los nidos, las mariposas pálidas,
Las aguas estancadas, las líneas marfilinas
Del pasado que surge, como Bizancio, en ruinas.
Porque cuanto hay de bueno se concertaba en ella;
Porque cuanto hay de puro dentro de su alma era:
Los pájaros y el trino, la luz, la primavera,
El diamante y los versos; el fulgor y la estrella.

VI

Ahora, cuando en aromas se diluye el jardín,
Y se miran blanqueando los cerros del confín,
Cuando el viento galopa tras de la noche bruna
Y entran, por mi ventana, los rayos de la luna,
En el funambulismo de las leyendas bellas,
La evoco como a Ruth, segadora de estrellas,
Que dejara, en el campo, la falce por olvido
Porque la media luna, en esta noche quieta,
Es una hoz de oro, tal como, en "Booz Dormido",
La miró con sus ojos mágicos el Poeta.

VII

Amor! tu melificas todos los corazones
Trocando el cuerpo en tiesto de un rosal de ilusiones;
¡Rosal lleno de espinas! ¡Rosal lleno de rosas
Que, mientras más efímeras, parecen más hermosas!
A manera de un pomo que, una vez destapado,
Inunda de perfumes las más amplias estancias,
Las rosas del recuerdo que aun hemos conservado
Nos inundan la vida con sus suaves fragancias.
1910.

NOCTURNO

A Jorge Luciani.

Yo he mirado la luna blanqueando en los tejados
Mientras rueda rompiendo las nubes por el cielo;
La he mirado besando los jardines callados
Donde tiende la sombra las tramas de su velo.
Como un perro, sonámbulo, olfateando en el viento
Los ojos en la luna y en el polvo los pies,
Aullando mis estrofas, lejos el pensamiento,
Los vecinos me han visto pasar más de una vez.
Es que busco una forma que por el aire flota,
Esa forma que tiene la quimera remota
Moldeada en los vapores puros de la ilusión....
Y en las noches de luna, serenas y calladas,
Yo miro las visiones de los cuentos de hadas
Por las calles desiertas pasear su evocación.
--¿Quién no sueña a la luna?¡--Todo el que no es poeta!--
Todo aquel que carece de una anímula inquieta,
Y no goza, en deleite, la embriaguez interior
Que siempre da la luna
Cuando en la noche bruna

Pone su luz velada en las citas de amor.
¡Oh, luna de los locos y los enamorados!
De las niñas histéricas, de los perros hambreados,
Yo también, como un perro, te aúllo mi canción,
Haciendo, para aullarla, los más hondos esfuerzos
Porque sé íntimamente que los mejores versos,
Son los que se han sentido bajo una inlunación.

DIVAGACION

A F. Jiménez Arráiz.

I

Solo, en la noche sumerjí mi alma
En un astral reposo y, recojido,
En mansas beatitudes quedé luego,
Sentí el roce de un ala por mi frente....
¡Oh, tú, Melancolía! inefable
Langor espiritual en donde náda,
Con vaga voluptad, mi alma en silencio.
¡Oh, armonía sideral...! ¡Manso reposo!
Huyendo del engaño que asesina
Nuestra ilusión en flor siempre he vagado
Como una sombra extraterrena. Una
Sombra de alma fugitiva y sola!
Así quedé perdido en el olvido
Como queda el viajero en las arenas
Abrasadoras del desierto líbico.
Así quedé perdido....
¿Dónde estabas
Tú, la que un día alumbró en mis pasos
Como la estrella azul de la leyenda?
Si tú supieras el dolor que clava
Su pico leyendario
En esta entraña palpitante.

Escucha:
¡Si fuera un renunciado! ¡Si yo fuera
Bueno, paciente y santo!
¡Qué dulce no sería amarlo todo
Sin que el odio enturbiara nuestro sueño
Como la bestia que remueve el cieno
Que hay en el fondo del tranquilo estanque
Cuyo cristal se hunde en la abstracción
Del azul, de la estrella y de la nube!
Sólo el silencio de la noche alivia
Nuestra tristeza....
¡Alma mía!... ¡Alma mía, al fin tendrás
El Santo Reino del Silencio!

II

Calla y escucha con unción remota
La voz que eleva el alma de las cosas....
¡Calla y escucha! Te dirán las rosas
Su voz de aromas vagamente ignota.
Calla y escucha con quietud devota
Cómo caen las hojas en las losas
Del viejo parque.... ¡Oh, las silenciosas
Ramas que pronto el huracán agota!
Hunde tu alma en el silencio vasto
Que baja del azul tal como un casto
Beso para el que ama, odia y lucha.
Has tú que en el astral silencio se hunda
Tu alma y vagamente se confunda
En el Todo... ¡Oh, sí...calla y escucha.

¡LAS MISMAS COSAS!

¡Las mismas cosas!....
—Ensueños vagos....visiones locas!—
Frágiles alas de mariposas
Son las sonrisas de nuestras bocas.
Por estas viejas calles soleadas
Voy evocando los tiempos idos
Bajo tejados ennegrecidos
Ante paredes descalabradas.
Estas callejas tan conocidas,
Llenas de penas y de dulzuras...
(Penas sentidas,
Dulzuras idas,)
Que, tras efímeras aventuras,
Hijas legítimas del pecado,
A media noche yo he caminado,
Con lentos pasos,—como un sonámbulo,—
Y en esta misma calle desierta
Me he detenido,
Sin hacer ruido
Por todo preámbulo,
Para dar golpes sobre una puerta
Que se entreabría
Y un rostro grácil de mujer núbil aparecía:
—"¡Tardaste mucho! ¡Qué informal eres!"
Y, protestando de hondos agravios,
Rehuía sus labios ante mis labios,
Pues, sospechaba
Que yo llegaba
De sembrar besos sobre las bocas de otras mujeres.
En aquella hora vagaba una
Alma perdida sobre las calles blancas de luna
Y, a ella, los perros daban medrosos

Largos aullidos supersticiosos....
¿A dónde ahora todos los mimos de esa mujer
Que puso mieles sobre las muertas horas de ayer?
(....—¡Pierde sus buenas horas la vida
Tal como pierde sus atractivos una querida!).
¡Las mismas cosas!

En su ventana miro acodada
La señorita;
Y se marchita,
La pobrecita,
Sin oir nunca llamarse amada.
Sus ojos hechos a la costura
Están ungidos de una amargura!
Hacia la calle desierta mira....
¡Si yo supiera qué ensoñará!
mira....
suspira....
y cuando acaba de suspirar
Un viejo tono rompe a cantar....
Después.... se vá....
Sus dos ojeras son más intensas,
Algo angustioso se le adivina,
Empobreciéndose están sus trenzas
Y sus dos pechos, mustios y entecos,
Duermen resecos
Bajo el corpiño de muselina.
Me ha parecido por esta vez
Muy alarmante su delgadez
Que no es efecto del mal de amor
Pues, si lo fuera,
Ya lo dijera
Su vecindario murmurador.

Las mismas viejas calles soleadas
Evocadoras de tiempos idos,
Con sus tejados ennegrecidos
Y sus paredes descalabradas.
En esta vieja ciudad procera,
Triste y desierta,
Queda mi mágica primavera
Con mis canciones de otros días
Llenas de cándidas melodías.
Guarda esta urbe mi madre muerta
Y las cenizas de aquel anciano
De temple heroico—como un romano
Noble y austero—que fué mi maestro;
El puso luces en mi sendero
Ella dió alma para mi estro....
Madre y abuelo:
¡En paz descansen bajo este suelo!

¡Las mismas cosas!
A veces, loco, siento un anhelo
De abrir las alas y alzar el vuelo
Hacia una ignota
Ciudad remota
Tras una densa bruma infinita,
En cuyo tráfago cosmopolita,
Quede mi vida
Sencillamente desconocida;
Mas cuantas veces siento ese anhelo,
De abrir las alas y alzar el vuelo,
Hay unas manos—¡albas en rosas!—
Suaves, piadosas,
Que, portadoras de un gran tesoro,
Cortan mis alas con unas leves tijeras de oro....
¡Las mismas cosas!

A CITERES!

¿TE ACUERDAS?

Espiaban, en la sombra, mis pupilas
Y en la nocturna calma silenciosa
Oí crujir tu falda vaporosa
En una suave exhalación de lilas.
Tus manos, alocadas e intranquilas
Correjían tu tocado en la nerviosa
Emoción de la cita, (¡Oh, voluptuosa
Fragancia de tu seno en que me asilas).
Con indolencia, en el diván, azul,
Tiraste, lenta, el vaporoso tul
Evocador de una sutil neblina....
Circuí después tu irreprochable flanco
Y con mis labios, en tu cuello blanco,
Te acaricié con intención felina.

VOY POR LOS MISMOS SITIOS

Voy por los mismos sitios, como en otro tiempo iba
Por la tarde, contigo, apoyada en mi brazo...
Hollabas lentamente, con indolente paso,
La arena del sendero, trémula y pensativa.

Hoy, como antes, están los rosales floridos.
La vaguedad, como antes, todo lo envuelve ahora,
¡Pero hay una tristeza que no había en la hora
En que juntos paseábamos silenciosos y unidos!
¡Déjame descansar! ¡Oh, viejo banco amigo
En tus tablas mohosas! (Tú que fuiste testigo
De lo que no le dije quizá en torpe descuido).
—¿Aun te acuerdas del banco? ¿No te acuerdas de nada?
(El Silencio me dice su respuesta callada:)
—¡Hay cosas que no puede borrar nunca el Olvido!

DAME UN POCO DE AROMA....

Dáme un poco de aroma, tú que estás tan en flor,
Para aromatizar mi pobre vida inútil;
Mi vida que se pierde sin hacer nada útil
Andando este camino gris y desolador.
Nada más angustioso que esta lenta agonía
En que vivo muriendo sin tener más consuelo
Que ver, en el azul, cómo planea mi anhelo
Más lejano y soberbio, más alto cada día....
En la desolación de todo lo que existe
Una vida más árida que la mía, dí, si viste,
Tú, la que dulcemente mi desencanto doma....
Por eso mi pobre alma, desconsoladamente,
Cada vez que te mira te dice tristemente:
¡Ya que estás tan en flor, dáme un poco de aroma...!

DESENCANTO

La tristeza de la hora me evoca tu recuerdo
Desteñido como una tardía desilusión;
¡Pobre muchacha ingenua! En tí todo lo pierdo....
¡Qué abandonado voy en mi desolación!...

Yo fuí bueno contigo. Como a pocas te quise....
Entre tus brazos puse toda mi juventud.
Te dije la canción que a todas no se dice
Te dí todas las notas que había en mi laúd.
Por tus besos ardientes; por tu sonrisa leda
Pagué mi corazón como una moneda
Que luego tu gastaste en locas alegrías....
Ahora que me olvidas, en mi triste abandono,
Aun soy bueno contigo... Recuerdo, y te perdono,
Que todas tus primeras caricias fueron mías.

FATALIDAD

Tú, la que nada tienes. Tú, la que nada vales
Porque me diste entera toda tu juventud,
Y, con tu boca roja—flor de vida y salud—
Tejíste una corona de besos en mis sienes.
¡Pobre muchacha ingenua que me has amado tanto!
Tu blanca castidad yo deshojé inhumano,
Como si fuera el lirio del frágil vaso humano,
En vano ahora quiero secar tu amargo llanto.
A tí pobre muchacha, sin nombre y sin fortuna,
Que alumbraste mi alma como un rayo de luna
Mi alma, impenitente, sin consuelo te llora.
Y aunque es tarde, muy tarde, a media voz, te nombra
Porque ya tu recuerdo se pierde y descolora
Como el lienzo de un cuadro que se queda en la sombra.

EN LAS HORAS PERDIDAS

En las horas perdidas en las divagaciones,
Bajo los plenilunios, los ruidos imprecisos
Suscitan los recuerdos que desfilan sumisos
Ante el silencio unánime de nuestros corazones.

Recuerdo que dormías al favor de un ensueño,
Mirando el fondo mismo de tu pasado. Había
Tal vaguedad en todo y tal melancolía
Que en no llorar ponías la fuerza de tu empeño.
Taconeaban sin prisa por el parque dormido
Las amantes parejas hablándose al oído,
Tú, silenciosamente, las veías. Suspirabas...
Y yo pensé, mirándote, que tu alma, lejana,
En una ausencia etérea, se perdía por la arcana
Desolación en donde tú misma te abismabas.

II

Los árboles desleían, en la noche, sedeños
Recuerdos femeninos. Palidecía la luna....
Tú te hundías más aun en tu silencio. Una
Sombra pasó remota lo mismo que en los sueños.
Y tal caen los guijarros, en un pozo dormido,
Por un pueril capricho, así también las horas
Que, en la vecina torre, daba el reloj (¡Oh, auroras
Tras cuyos resplandores siempre vago perdido!)
Miré tus ojos.... Ellos te habían transfigurado.
Recordé las leyendas sagradas. (El pecado
Había transfigurado también a Magdalena).
Miré tus ojos.... Llenos de lágrimas estaban.
Con un fulgor extraño tu rostro iluminaban,
El mismo que tenía también la luna llena....

MELANCOLIA

EXPECTACION

Tristeza de las cosas.... Amargura
En la monotonía de este vivir....
¡Esta angustia fatal de no partir
Que va tras mí como una sombra oscura!
¡Insinuación de una Lemuria arcana!
Horizontes perdidos entre tules
De niebla en que se esfuman los azules
Ante la expectación de mi ventana.
¡Impasibilidad! De enero a enero
Miro pasar los días. Prisionero
Angústiase mi espíritu en la sombra.
¡Y quisiera gritar....!—¡pero es en vano!—
La frase fiel que romperá el arcano
No la penetra nadie, ni la nombra....

INVOCACION

¡Oh, tú Melancolía! Compañera,
Pon tu serenidad sobre mi frente....
Mi alma va hacia tí sumisamente
Porque eres tú la gracia verdadera.

Adoro tu penumbra silenciosa
Que diviniza mi mortal arcilla....
¡Lámpara fiel ardiendo en mi capilla
Espiritual y tenuemente umbrosa!
Anda siempre a mi lado mansa y buena
Y, con tu gracia mística, serena
Mi pobre alma en angustia atormentada.
Porque ella siempre, por extraño modo,
Siente la pena cruel de serlo todo
Y la absurda esperanza de ser nada.

TRANSITO

A la memoria de Rafael María Briceño, Poeta.

¿Será verdad lo efímero? (Caen de la Eternidad
La sombra, y la palabra que se transmuta y suena...
¿Será verdad lo efímero? (Claro de luna llena
Al amor en un vago jardín de idealidad....)
¡Oh, la piedra terrible donde encarnó la Esfinge
Y el silencio profundo y la nube que pasa!
¿Lo inmutable y lo errante dejarán una traza
En la onda del tiempo que, al fin, todo lo infringe?
Nada sabemos. ¡Nada! Y sube la esperanza.
(¡Humo sagrado que la Eternidad alcanza
Y nos envuelve en una luz de consolación!)
¡Y sube la esperanza....! (Más allá de esta vida
Tal vez algo sonríe. Quizá el amor se anida
Mejor allá que aquí dentro del corazón....)

EL ALMA DEL TOCUYO

A Alcides y Hedilio, José Pío y Noordhof quienes, en 1918, me ayudaron a descubrir, bajo la nieve azulosa de la luna, aquella fantástica y remota "Ciudad de los Lagos Verdes".

DILO SUAVEMENTE....

La paz de la noche. Las calles dormidas
unjidas
de luna....
El cielo con nubes. La brisa oportuna
revuela callada
ligera como una
hada....
Ingenua dulzura, sutil, encantada
y callada
de la hora
En cuyo contacto mi alma se enflora
Y, en medio del ambiente brumoso,
en paz, se enamora
del manso reposo.
Las cosas me dan un temor misterioso
de niño nervioso:
visiones ignotas,

Con el polvo, sugiere la brisa...
Las horas, calladas, parecen devotas
en misa.
Mitad en la sombra, mitad alunadas,
Las calles se dicen con tres pinceladas.
Un lienzo, blanqueando, parece la plaza;
Los negros tejados dormidos
se ven confundidos.
A lo lejos, de un templo se esboza la traza.
El creciente de cuernos sutiles,
Bordando las nubes de absurdos perfiles,
en ellas se hunde....
¡Qué cosas tan suaves que nadie las nombra
me dice esta sombra
que todo confunde!
En el aire, de tonos perdidos,
Se oyen de los perros los huecos aullidos
Y se sienten los vahos que la tierra exhala....
En el aire, en misterio sumido,
Se acerca o se aleja de un ave el silbido
y el rumor de su ala.
Escucho, en ingenuas fruiciones,
voces de canciones
Que dicen de cosas divinas
dentro de un abismo....
Para oirlas aguzo el oído
y me olvido
Que sus voces las digo yo mismo....

EVOCACION

¡Oh, tú, mi vieja urbe donde la paz se estanca,
Como, en quieto remanso de ingenua beatitud,
El agua cristalina, y emerges toda blanca
Dormida en un encanto de secular quietud.

¿Por qué te amo tanto?—¡Oh, tú, mi vieja urbe!—
Tal vez por tu leyenda llena de sangre y sol....
Quisiera ver ahora que tu sueño se turbe
Al colonial desfile de un cortejo español.
Pero, ay! en vano!... en vano! Don Diego de Losada
Yace en reposo eterno y, del ceibo, colgada,
Oscila aún la trágica sombra de Carbajal.
Mas abierta a mi alma, que ama tu vida añeja,
Está siempre, emotiva, la desierta calleja
Que en 1600 fué tu noble Calle Real.

APUNTE

Agregando a la quieta soledad provinciana
Unas líneas precisas de amable antigüedad,
Levanta esta casona su austera ancianidad,
Toda descalabrada, como una ruina humana.
Gravemente inclinados se sostienen sus muros
Y se caen las cornisas que el tiempo ha dentellado
Y, por sobre la angustia del portalón arqueado,
Se hunden sus tejados arruinados y oscuros.
Sus ventanas (¡Oh, cifras que dicen tantas cosas,
Sutiles como encajes, fragantes como rosas!)
Sus ventanas mohosas se entrejuntan discretas....
Y se piensa, al mirarlas, que así las ha dejado
La dulce niña ingenua para que el bienamado
Le diga sus promesas nocturnas y secretas.

LA VENTANA

Es de roble, maciza, de balaustres torneados
Y de hojas adornadas con gruesas bordaduras
En donde se confunden, en complejas figuras,
Las flores de relieve con los pirograbados.

En la pared, y en bloques rotundos y pesados,
Aun ondulan las curvas de las viejas molduras
Y se ven, como encajes y espesas colgaduras
Roídos ya los restos de antiguos encalados.
Esta ventana evoca con su forma anacrónica
Todo el decir añejo de una empolvada crónica
Donde hay citas y versos y rosas y hay esquelas.
Y a sus hojas mohosas pregunta el corazón
¿Cuántas veces danzaron en este amplio salón
Sus viejas danzas clásicas las difuntas abuelas?

MEDIODIA

Midi, roi des étés, épandu sur la plaine,
Tombe en nappes d'argent des hauteurs du ciel bleu.
Tout se tort. L'air flamboie et brûle sans haleine;
La terre est assoupie en sa robe de feu.

Leconte Lisle.

I

Tristes y desolados callejones
Llenos de sol y paz a mediodía
Donde la murria sin cesar espía
Para meterse en nuestros corazones.
¡Qué paz! ¡Qué sol! Fantásticas visiones
Ante mis ojos pasan—Se diría
Que es enfermiza la melancolía
De nuestros subjetivos caserones.
Miro brillar la calle polvorienta
Que, bajo el sol, se alarga amarillenta
Y en soledad dilátase a lo lejos....
En esta paz claustral mi pensamiento
Evoca las arcadas del convento
En el ambiente de los tiempos viejos.

CREPUSCULOS

I

Amable encanto en la quietud desierta
Unje de paz el moribundo día;
(Palidez de sutil melancolía
Hay en la hora de la luz incierta).
El alma a toda ensoñación abierta
Solo concibe signos de armonía.
(¡En esta hora casta, se diría,
Que nuestra carne se ha quedado muerta!)
Azul vago, hora casta, luz incierta,
Saliendo débil por la occídua puerta,
Son el alma de ensueño de la tarde.
Hora de albor y paz: ¡a cuanto alcanzas!
Por tí reviven nuestras esperanzas
Y el corazón, en santidad, nos arde.

II

Indeciso claror, melancolía
En rosas de arrebol desvanecido;
Cristal azul de cielo desteñido
Con vaga lentitud de lejanía.
Las campanas, en lánguida armonía,
Claman con melancólico tañido
El "Angelus", que flota, desleído,
Como en una inefable epifanía.
Quieta abstracción de éxtasis sagrado
Melifica lo agrio del pecado
Y en infantil sonrisa tiembla el labio.
El pensamiento fijo en uno mismo
Alumbra todo el interior abismo
Con la lámpara azul del desagravio.

III

La lluvia cae con lentitud tediosa;
De fastidio el jardín quedó dormido....
Un místico silencio recojido
Pone un albor de alma en cada cosa.
Evoco en la hora lánguida y brumosa
Pueril recuerdo cándido y querido
Que, entre la vida, se quedó perdido
Como, en las hojas del rosal, la rosa.
La sombra borra ya desde el jardín
Hasta el lejano cerro del confín
Y, apenas, se oye de la lluvia el són....
Cuando en silencio y soledad quedamos
Es quizá cuando más nos acercamos
A la filosofía del corazón....

IV

La vaguedad de los caminos muertos,
En soledad, sobre los pardos llanos,
Pone en la tarde dones sobrehumanos
Y puebla de misterios los desiertos.
(Brazos de mármol rosa siempre abiertos....
¡Paréntesis de amor! ¡Goces profanos!
Goces que se nos salen de las manos
Y se pierden efímeros e inciertos....)
Un sopor de agonías crepusculares
Unge todas las cosas sublunares
Y da, en el cielo, una ilusión de lagos...
Mi alma, tal aquéllas voluptuosas,
Deshoja sus recuerdos como rosas
Viendo esfumarse los confines vagos....

NOCTURNOS

I

La noche calla el hondo secreto de la sombra
En un muelle silencio. A lo desconocido
Vuela en lo azul la nube—¡vuela sin hacer ruido!—
¡Oh, signo! ¡oh, signo! ¡oh, signo que mi ansiedad asombra!
Lo vago, lo confuso flota por el ambiente
Y una emoción, que duerme, despierta y me conturba...
Es que pasa en la noche, invisible, una turba
De visiones que apenas la evocación presiente.
Hosco carbón de frondas. Muros blancos de cal
Que agrandan los misterios de esta urbe dormida
Cuyas calles enfilan sus ventanas cerradas.
Tras de las cuales rondan juntos, el bien y el mal
Cuando las sombras velan, se adormece la vida
Y las horas discurren sutiles y calladas.

II

¿Qué sugestión de enigmas ocultas en tu seno,
Alma vaga y traslúcida de estas noches tranquilas?
Dí: ¿por qué se adormecen, soñando, mis pupilas
Al ver el plenilunio levantarse sereno?
(Ignoro por qué sueño, pero sé que el anhelo
Con sus ágiles alas vuela en esta penumbra
Sutil que el plenilunio descolorido alumbra
Regando albor de harina bajo el azul del cielo).
Oscuridad de muros en sombra. Ondulaciones
De tejados que ponen hosquedad de carbones
Sobre las vaguedades de esta urbe dormida....
De esta urbe en silencio, con sus templos blanqueados
En donde los vecinos cancelan sus pecados
Y las devotas quieren pasar toda la vida.

III

Dice la soledad la voz que suena
En el viento, en la fronda, en todo, y pasa
Como en el cielo azul la leve gasa
De la nube, con lentitud serena.
—¿No has tenido el oído ante los ecos
De lo que no se dice y se presiente?
—Hay una voz oculta que se siente....
¡Rumor marino en caracoles huecos!
Llegué en la sombra, lleno de emoción,
Hasta acercar mi oído al corazón
De la noche. Oí pasar las horas....
Me estremecí con un presentimiento
Y, recojiendo hasta mi pensamiento,
Escuché una gestación de auroras....

IV

Hay óleos de quietud. Paz de ramajes
En el jardín que me habla de tu ausencia.
(Añoro tu amorosa confidencia,
Tus suspiros, tus pasos, tus encajes).
¡La luna! ¡Oh, la luna ya ilumina
El viejo banco amigo, Dulce mía!
Y envuelve mi ideal melancolía
Con su mirada suave y ambarina.
La noche exhala su hálito. Reflejos
Metálicos en la onda adormecida
Del estanque. Rumor en la arboleda....
Y llega a mí, perdido, desde lejos,
Algo que se desprende de tu vida
Como un sutil perfume de la seda.

V

En el silencio de la noche vaga,
Como alma en pena, el viento milenario;
La sombra cae del alto campanario....
Punza el miedo lo mismo que una daga.

La plazoleta, blanca en luna, halaga
Al can funambulesco. El solitario
Truhán curtido en zascandil dietario
La honrada puerta zurdamente amaga.
El sueño reina: en quieta soledad
Se diría que duerme la ciudad....
—Tapias de cal, tejados de carbón—
De pronto, bruscamente, se levanta
Como un murmullo. Lejos alguien canta
Y llora, ronco, el medioeval bordón.

EVOCACIONES ANTIGUAS

Al Doctor Antonio Alamo.

LA COPA DE ANACREONTE

Vos exemplaria graeca
Nocturna versate manu, versate diurna.

Horatio.

Vulcano cinceló la copa del divino
Viejo Anacreonte, en plata. En ella no fué el toro
Lo que grabó, ni el arco, ni el Arquero. Un tesoro
Vale para nosotros esta copa. El vino
De las viñas de Grecia bebió en ella el poeta
Y con el mismo vino bebió sangre de gracia.
¡Gloria para esta copa! Nunca el labio se sacia
De acercársele al borde que el sobresalto aquieta.
En ella está la norma del artífice antiguo
Que de mujer y de ánfora daba el contorno ambiguo
Cuando el ritmo gracioso seguía de la línea.
¡Poetas! esta copa nos la legó en herencia
El viejo bardo clásico y, con ella, la ciencia
De hacer buena la vida, serena y apolínea.

EL ANFORA DE EPICURO

La mano ágil y experta de un ceramista griego
Moldeó en dúctil barro esta ánfora banal;
Le dió dos asas gráciles y en el vientre sensual
Grabó a Dionysos ebrio y la coció en el fuego.
Se la encargó Epicuro quien la colmó de honores;
Guardó en ella su vino y, tal como en un rito,
Se veía esta ánfora esfumada en un mito
Hermosamente digno de mil humanos loores.
Colocada en su sitio esta maravillosa
Vasija antigua fué como una milagrosa
Reliquia. Su vino era bebida de placeres....
Baco la codiciaba, Apolo la quería.
Phan soñaba con ella porque ella tenía
Los más preciosos dones de la Isla de Citeres!

BAJO-RELIEVE

I

El viejo dios de la pezuña hendida
Y la frente bicorne, ve la incauta
Ninfa que, al son de su sonora flauta,
Abandonada, se quedó dormida.
El viejo dios avanza: sus pisadas
Casi no se oyen y, las siete cañas
De su flauta inundan las campañas
Como armoniosas fuentes encantadas.
Duerme la ninfa y sueña con amor.
Tiembla su boca como roja flor
Y el blanco seno, en lujuriante pauta....
En tanto calla el rítmico instrumento
Y, por besarla, inclínase un momento
El viejo dios de la sonora flauta.

II

El viejo dios de la bicorne frente,
En la sombra de la ática arboleda,
Sintiendo el roce de una boca leda
Sonríe un rato maliciosamente.
Entre el boscaje el viejo dios se aleja
Y, en torno de la ninfa adormecida,
Sobre la arena, su pezuña hendida,
Hendidas huellas solamente deja.
Se despierta la ninfa abandonada,
Sin sospechar que ha sido acariciada,
Sólo medita en sus ensoñaciones...
¡Cuando de asombro y sobresalto llena
Ve del bicorne dios, sobre la arena,
Las huellas como abiertos corazones!....

LOS POEMAS MALDITOS

INVITACION

(Introducción a los Poemas Malditos)

Yo amo la profunda hora de medianoche,
Cuando el Bajísimo hace su saturnal derroche
De pavorosas cosas. Entonces los truhanes
Salen de sus covachas, lo mismo que los canes,
Y con sus llaves falsas, en las calles oscuras,
Sin meter ruido abren honradas cerraduras
Y, tal de Quincey dice, en lances momentáneos,
Levantan los martillos para aplastar los cráneos
Y, para operaciones más rápidas y cortas,
Esgrimen los cuchillos que cortan las aortas.
En esa hora rondan los espectros medrosos
Y los canes famélicos, por el terror transidos,
Los miran en la sombra con sus ojos vidriosos
Y prorrumpen en largos y terribles aullidos....
Entonces las arañas caminan silenciosas,
Con temblores alcohólicos, por las viejas paredes
Bajando de los techos donde penden, sedosas,
La abominable trama de sus traidoras redes;

Entonces van los gatos sutiles y callados,
Sobre las negras tejas de vetustos tejados
Bajo los cuales ronca, tranquilo, panza arriba,
El burgués cuya boca mana inmunda saliva
En vecindad beatífica del lecho en que reposa,
Con las piernas al aire, su recatada esposa,
Mientras que, afuera, vierte la clara luna llena,
Sobre todas las cosas, su limpia luz de alcohol
Y la Naturaleza impasible y serena
Sueña con una nueva saturnal con el sol.

En esa hora, amor mío, tu dulce voz me llama
A gozar la embriaguez de tu cuerpo en la cama
Y quisiera llegar, en tentación poseso,
A la alcoba en que duermes—¡oh, tú, por quien deliro!—
A chupar tu existencia en un ardiente beso
Como chupa la sangre, de la res, el vampiro.

Te besaría en el seno y en la boca sonreída
(¡Clavel donde se irisa el rocío de la vida!)
En esa hora profunda, de deseos inconscientes,
Te ceñirían mis brazos tal como dos serpientes
Y por tus senos suaves deslizaría mis manos;
Te sobresaltarías con visiones extrañas
En tanto que mis dedos inquietos e inhumanos
Te darían la impresión de monstruosas arañas.

En esa hora profunda quisiera despertarte
Y después—¡amor mío!—después de acariciarte,
Saldría contigo a ver cómo inunda la luna
Las calles solitarias... ¡Oh, tú mi dulce y bruna
Amada! Junto a mí marcharías silenciosa
Temblando como tiembla, en el rosal, la rosa...
Te enseñaría el misterio de todo un mundo oculto
Entre las negras fórmulas de un tenebroso culto.

Te daría los secretos del antro de Trofonio
Y oirías la misa negra donde oficia el Demonio.

Te asiría de la mano para que no te escapes
Y te daría del vino de infernales agapes.
Tu vocecita fina, cándida y virginal
Se perdería en el coro de aquella bacanal....
Y.... ¡cómo temblarías, de terror, ángel mío
Al columbrar los cuernos y la pezuña hendida,
Sucia y aborrecida,
Que anuncian la llegada del Gran Macho cabrío!
Verías la hostia negra, comulgarías con ella
Y para que el estómago te dé vuelcos crueles,
Y se te llene el ánima de visiones infieles,
Yo te daré, mi bella,
Yo, que soy tu poeta,
De la absurda hostia negra la maligna receta.
Las brujas la preparan con uñas recortadas
Del ríjido cadáver de algún judío ladrón
Y, en eclipse de luna, sabiamente tostadas
Con pinzas de cangrejos y rabos de escorpión,
Le agregan estramonio y adormidera y tierra
De la tumba maldita de un monje renegado;
Plumas de buho quemadas, esta receta encierra,
Después va el exorcismo de fulminante tono
Amasando la pasta con la sangre de un mono.
Con ella he comulgado.... ¡No te caigas del susto!
Y te digo, en verdad, que no tiene mal gusto:
Tan luego que se traga nos sentimos posesos,
Vemos, como los gatos y los buhos, en la sombra;
Se sienten más livianos y lijeros los huesos
Y se aprende un lenguaje que el vulgo nunca nombra.
A ser noche de sábado irías al aquelarre
Para que tu alma ingenua, de miedo, se desgarre.
Temblorosa, a mi lado, marcharías obediente,
La luna tendría entonces, de vapores, un halo
Y aullaría, en la penumbra, el can impenitente
Olfateando las huellas del Enemigo Malo.

Yo he ido al aquelarre—La gran fiesta sabática,
Pues, la misa nocturna complicada y simpática:
Allí, al latín litúrgico suple la xenoglósia
Y los seres se mueven como influidos de hipnosia
Bajo la vista oblícua,—¡asómbrate, bien mío!—
Que lanza, a todas partes el Gran Macho cabrío.
Montadas en escobas, en cerdos y hasta en cabras
A ella acuden las brujas, pitonisas del mal,
A descifrar la Kábala y los abracadabras
Mientras Satán oficia de gran pontifical.
Hay una ceremonia negra y luciferina,
Con un fuego azufroso de fatuos resplandores
El campestre escenario de golpe se ilumina
Al tiempo que se llena de picantes olores
Y, entre el vapor y el humo que aumentándose van,
Miraculosamente aparece Satán.
Tras él los diablos diáconos y otros diablos menores
Los íncubus y súcubos irrumpen a chillar
Y las brujas devotas empiezan a danzar
Al compás de una música horrenda y sataniana
Confusa y filosófica, como la wagneriana....
En ella toman parte trompas y caracoles
El tam-tam, las bombardas, los pitos, los peroles
Y, por sobre el concierto de ruidos inhumanos,
Muestra Satán sus ásperos bigotes kaiserianos
Y en el dedo anular de su izquierda nos muestra
La sortija magnética, con su piedra siniestra,
El rubí coruscante que las pupilas ciega
Y al alma más cristiana de codicias aniega.
Mientras tanto la luna se oculta en una nube,
Los murciélagos jiran ágiles y humorísticos
Como razonamientos oscuros y sofísticos....
Entonces el horrendo clamor al cielo sube.
Deslízanse en el polvo, inmundos y asquerosos,
Sapos, escarabajos, caracoles babosos

Y, danzando el conjunto en un cómico "allegro",
Satán levanta el cáliz lleno de un vino negro
Y consume, en silencio—mi dulce palomita—
Mayestáticamente, la negra hostia maldita.
He aquí pues que con esto termina la velada
Y de todos sus actos estás bien informada.
Retornaríamos luego al más bajo arrabal
A mostrarte los antros donde florece el mal
Y de alguna casucha te asomaré al postigo
Para que veas escenas de que he sido testigo.
Sentirás el vahido que dan los precipicios
Al mirarte tan cerca de aquel antro de vicios.
Allí verías, mi bien,
Junto a la humeante lámpara de vulgar kerosén
La joven prostituta, bañada de sudor,
Contando las monedas de su última labor.
Allí verías, también, la sombra de la bruja
Que, en un rincón, toda ángulos, temblando se arrebuja.
Sus pupilas hundidas miran cínicamente
Con un mirar abyecto, sádico, impertinente.
De un lecho saldrían tufos cortantes y malsanos
Y, porque la impresión te sea más duradera,
Verías que en él hay niños, bullendo, cual gusanos
En el fondo asqueroso de innoble gusanera.
Para ver cómo tu alma se recoje medrosa
Te haría entrar a la alcoba donde yace la ascosa
Piel de una mujer que la tisis devora
Y que, muerta de angustias, sin esperanzas, llora.
Para que sus pulmones se desgarren de tos
Yo la haría que te hablara con su afónica voz
Y, para que se asusten todos tus pensamientos,
Te diría que a su alma, la roen remordimientos,
Porque su alma infame, lo mismo que el ofidio,
La hace ver las escenas de un cruel infanticidio

Y llorando, abrazado con un crucificado,
Tú verías aquel cuerpo, en tisis, supliciado
Que, en un ascoso lecho, soporta los minutos
Oliendo ácido fénico y ahogándose en esputos.
Después, tú, con el alma recojida en el pecho,
Saldríamos a la calle en un abrazo estrecho.

En la noche profunda yo te haría entrar luego
A otro antro de vicios, a una casa de juego.
Allí verías escenas que no has visto en tu vida:
En torno de la mesa están los jugadores....
Míralos: aquél jura con el alma transida
Por intensos insomnios, lentos, devoradores.
Le sacuden el pecho temblores inhumanos
Y los grasientos naipes estruja entre las manos.
Contempla ahora el otro que, ya le toca el turno,
En su frente hay la adversa bendición de Saturno....
¿Te asombras? ¿Por desgracia, conoces a tu hermano?

El pobre diablo acaba de perder su fortuna
Tirando sus monedas.... todas.... una por una....
Mira: ya en sus dormidos instintos tabernarios
Despiertan pensamientos sombríos y sanguinarios.
El saldrá a media noche, como salen los canes,
Llevando la ganzúa que llevan los truhanes
Y, silenciosamente, en las calles oscuras
Abrirá con sigilo honradas cerraduras
Y tal De Quincey dice—en lances momentáneos—
Levantará el martillo para aplastar los cráneos
Y, para operaciones más rápidas y cortas,
Esgrimirá el cuchillo que corta las aortas...

Pasemos sobre todos los dolores humanos
Hasta llegar a ver lo triste y doloroso
Que encierra el Manicomio, donde, nuestros hermanos,
Viven en un absurdo país maravilloso.

Apoyada en mi brazo te verán, displicente,
Pasar bajo la luz de los nocturnos focos,
Marchando negligente,
Hacia el palacio trágico donde viven los locos.

Te haré entrar por la boca de una puerta terrible
Para que vean tus ojos, ¡amor mío! lo indecible.

A manera de fieras hay locos enjaulados
Con las uñas enormes y los ojos saltados

Que, desde sus prisiones sucias y mal olientes,
Entre insultos soeces, nos mostrarán los dientes....

(Esos son megalómanos, terribles e inhumanos:
Sufren el mal que sufren los norteamericanos).

Unos saltan desnudos, ¡amor mío! qué miradas...
Otros en rondas vagas van por los corredores....
Y, junto a los barrotes de las rejas ferradas,
Otros miran la luna con pupilas inquietas....
Sus cabellos les hacen parecer soñadores....
¡Oh, dulce amiga mía!... ¡Son, como yo, poetas...!

ENVIO:

Piensa que, a medianoche, al miedo se dá pábulo:
Los trasgos y las brujas están de conciliábulo....
Y si es noche de sábado el Infierno se alegra
Porque Satán oficia la absurda Misa Negra...
Piensa, por un momento, piensa, mi palomita,
Que Satán, con sus manos, alza la hostia maldita.

OLORES SALVAJES

Yo busco locamente los olores sensuales
Y estas flores salvajes con sus acres olores
Que aroman el ambiente con ardientes vapores;
Estas flores salvajes, hijas de los zarzales,
Despiertan, en mí, todos los instintos venales.

Por las lluvias de octubre está el campo florido.
Sobre estas recias tierras, rojizas y quebradas,
En profusión de grupos hay flores ignoradas
Que, embriagando el olfato que es un sutil sentido,
Suscitan muchas cosas que estaban en olvido.

Hay olores de áloes, mandrágoras y acacias
Juntos tal como en una cálida sinfonía
Pues, con la brisa ardiente, que sopla al mediodía,
Dan sus emanaciones, en esas horas lacias,
Los cardos, las mandrágoras, los áloes, las acacias.

A mi olfato retornan muchas cosas lejanas
Que estaban en el fondo de oscuros pensamientos:
Veo pasar en la hora, con tardos movimientos,
—Visión de pesadillas—las tribus africanas
Danzando obscenamente sus lujurias paganas.

En las charcas de agua de las lluvias recientes
Flotan yerbas podridas. El sol, rojo, refleja
Sus resplandores cálidos y en el ambiente deja,
Con gérmenes palúdicos, un olor a simientes
Que a nueva vida vuelven con las lluvias recientes.

Las colinas verdean. Se ven los techos grises
De las rústicas casas junto con los corrales
Donde, como los sátiros, los chivos sementales,
Con almizcles rijosos, embriagan las narices...
¡Huele el estiércol húmedo entre los cercos grises!

Pienso en este momento que vago por Nigricia
O por el Senegal. Hoy las cosas están
De tal modo africanas que el rumor de un "tam-tam"
Se filtra en mis oídos con salvaje delicia...
Pienso, en este momento, que viajo por Nigricia....

Ando entre chozas grises, donde viven sus vidas
Gentes que hacen pensar en tribus africanas
En el baobab nudoso... En lentas caravanas

Que en océanos de arenas se quedaron perdidas
Cuando iban a remotas urbes desconocidas.
Estas chozas exhalan también acres olores,
Como plantas salvajes—Olores africanos
En que se embriagan siempre los fetiches paganos
En torno a las fogatas de ardientes resplandores
Que levantan al aire sus humeantes vapores.
Se ve el cristal de un pozo donde el agua se estanca,
Espejo de las nubes que enmarcan las riberas....
Y lejos, entre un muelle balancear de palmeras,
Mi urbe silenciosa ligeramente arranca
La evocación de Túnez, el Cairo... Casa Blanca!

IRONIA CORDIAL

(A un Poeta).

El día en que naciste observó un viejo astrólogo
Que el creciente volvía los cuernos al Oeste,
Y que el viento rimaba su trágico monólogo
Y que una nube blanca teñía en negro su veste.

Tu padrino Saturno te dió su maleficio
(Saturno al can bohemio maleficia también)
Pobre hermano que mueres de virtud y de vicio
Y pasas por la vida lo mismo que Verlaine.

¡Pobre bardo sonámbulo! tu carne de hospital
Va encendida en las luces de un trágico arrebol
Y con ella tu alma, virgen mártir del mal
Posesa del terrible demonio del alcohol.

¡Pobre bardo sonámbulo! No hay dolor más grande
Que sentir la sentencia de ser lírico y triste.
(¡Y saber el secreto que a cada ser expande
Entre la miserable gloria de lo que existe!)

Porque naciste adverso la Miseria se ensaña
Contra toda tu vida ¡Qué arpía es la Miseria!
La luna que, en tu horóscopo, finjía una guadaña
Desangra, sobre tu alma, la histeria de su arteria.

Ya sabes cómo rasga la rueda del tormento,
Y cómo es de imbécil y cruel el gesto humano;
¡Pobre hijo de la zurda gracia del sufrimiento,
Yo sé que tu alma ciega te lleva de la mano!

Porque sabes la pena despiadada y eterna
Del alma de las cosas, te has hecho penitente....
Absurdo sacerdote, dices en la taberna
Tu misa negra en una liturgia de aguardiente,
Cuando tiembla, rojiza, la llama en los candiles
Y entra un negro murciélago, y ladra el viejo can
Bajo la mesa astrosa, donde, los zascandiles
Que juegan a los naipes, invocan a Satán.

¿Hasta cuando la pena de tu vivir sin vida?
¿Para qué amas la vida si el dolor es contigo?
Tu alma lleva, adentro, la canción escondida....
¡Triste organillo lírico del hampesco mendigo!

Ya has bebido en la copa venenosa de Poe,
Te falta solamente la pata de Verlaine
Y ocultas, en el rostro, la pena que te roe
Con la fealdad olímpica del divino Rubén!

Has amado, has odiado ¿Qué te resta aun hacer?
Para tu eterno viaje Carón tiene su barca;
En ella irás un día para jamás volver
Surcando el Aqueronte, negro, como una charca.

Tu padrino Saturno te dió su maleficio.
(Saturno, al can bohemio, maleficia también)
¡Pobre bardo que mueres de virtud y de vicio
Borracho como Poe, Baudelaire y Verlaine!

DESENCANTO

Ya conozco el enigma que hay en todas las cosas,
La herencia del embrión
Es tristeza en el cardo; es fragancia en las rosas,
Blancura en el armiño y, sombra, en el carbón.
Tú eres en la vida sonrisa y armonía
Primavera y pasión;
Aprende que mi vida toda es melancolía....
Diríase que en mi alma pesa una maldición.
A tí tiendo las manos, como un ciego, en la sombra,
Y a tu piedad me entrego....
¡Sólo siento consuelo cuando tu voz me nombra,
Cuando en mis labios pones tu boquita de fuego!
¿No ves que hay en mi rostro arrugas prematuras?
—Repliegues del dolor—
Internos hundimientos en negras amarguras
Han secado mi alma como un rosal en flor.
A veces, ensoñando creo ver una laguna,
Donde hay flores acuáticas,
Flotando sobre el agua se ven bajo la luna
Y exhalan, silenciosas, sus almas aromáticas.
Y tú que eres tan pura; tú que eres tan hermosa,
A pesar de ser mía,
Pasas por su lacustre ribera paludosa
Llamándome con dulce voz de melancolía.
¡Tú que te ríes de todo....! Tú, frágil mariposa
Jugueteando en la luz....!
Tú, que en la frente llevas colores de alba y rosa
De sombras los cabellos, los ojos de abernuz!
¡Tú que te ríes de todo!.... Tú, que me amas tanto!
Tú, cifra de pasión
¿No me odiarás con triste y amargo desencanto
Si vieras las miserias que hay en mi corazón?

LO QUE DICE EL SILENCIO

> Qui ea mala, quibus alii opprimuntur, magno animo fert, ipsas miserias in gloria vertit; quoniam ita affecti sumus, ut nihil aequé aput nos admirationem occupet, quam homo fortiter miser.
>
> Séneca.

Poblada está de enigmas la soledad callada
De esta noche profunda. Por el postigo abierto
Entra un rayo de luna; en el vecino huerto
Flota un alma de encanto y en mi mesa empolvada,
Donde, como enemigos acérrimos, están
Viéndose recelosos la Biblia y el Korán,
El reloj mueve el péndulo cadencioso y señero
Al compás del latido de nuestro corazón
Que, a cada ritmo interno de una palpitación,
Empuja los minutos sin tener minutero.
Entreabro la ventana y en el umbral me acodo,
Sintiéndome ser cifra simbólica del Todo.
Melifica mi cuarto suave y tenue penumbra
Que apenas una lámpara, con discreción, alumbra.
Afuera está la noche sensualmente moruna,
El cielo es un jardín azul lleno de lilas
Donde, al irse viajeras, en vuelo, mis pupilas
Como una rosa mística de oro ven la luna.
Las cosas en silencio reposan meditando
Piénsase que, en las sombras, alguien ronda y vigila
O que un rostro impasible se me queda mirando
Con seriedad maligna de Esfinge y de Sibila.
Algo quiere decirme con la fría mirada
De sus ojos nictálopes. De su boca cerrada
Se adivina una voz sabia de una gran ciencia
Que en mi interior resuena pausada armonía
Dándome claramente su gran sabiduría
Desde la arcana cátedra que es mi propia conciencia.

Para escucharla, atento, suspendo hasta el aliento
Y la oigo hablar de cosas que apenas yo presiento.
Ella me dice:
—"Aprende la senda del dolor.
Arranca, sin blasfemias, de tu planta la espina:
La jornada es muy larga: el laurel y la flor
Solemnizan las tardes. Pasajero: ¡camina!
En tu vida empezaron a enredarse los años
Y, si al llegar te encuentras sin haber hecho nada,
Tu alma perseguida por hoscos desengaños
Crispará, en su impotencia, los puños angustiada.
Del Reino del Olvido la sombra irá a ganar
Y allá, en sus riberas, negras y fastidiosas,
La esperarán los que, sin laureles ni rosas,
Sorprendió en sus jardines el sol crepuscular.
Tu alma en el olvido se quedará perdida
Vagando sin destino como sombra ligera:
Así será como ella sufrirá en esta vida
Lo que habría de sufrir cuando tu cuerpo muera.
Sé fuerte que la vida coqueta y caprichosa
Tiene manos de nieve, tiene labios de rosa;
El beso y la estocada lo mismo sabe dar
En su jardín hay cactus, rosales y laurel,
Un surtidor de acíbar y un surtidor de miel
Y sólo de los fuertes se deja acariciar.
Cuando tu cuerpo sufra de indecisa parálisis
Prueba juiciosamente, con gravedad y calma,
Como un experto artífice, las gemas de tu alma
Con el ácido fuerte del interior análisis
Para que cuando tengas una obra terminada
Distingas si tu obra se confunde en la nada.
En la realidad múltiple que un mismo cuerpo encarna
Hay un espectro frío y un hombre soñador
Y cuantas veces luchan resulta vencedor
El que las puras formas de la ilusión descarna!"

Tal fué lo que me dijo una noche de luna
Esa voz que nos habla de una ciencia olvidada,
Resonando profética entre la sombra bruna
En la hora en que meditan, en el rosal, las rosas
Y nuestra alma humana, recojida y callada,
Interroga el secreto del alma de las cosas.

EN VANO!

Artífice, es en vano que fatigas tus manos
Por dar formas reales a tu irreal anhelo:
Siempre serán perdidos tus esfuerzos humanos
En moldear lo imposible bajo el azul del cielo.
En vano quieres dar formas a la Quimera
Que fatiga tu espíritu de humano y de mortal;
Mira: ya en el jardín el sol de primavera
Pone, sobre las rosas, su oro meridional.
¿Ese sol meridiano dorará tu deseo
Por obra y gracia de una rotunda realidad?
El espíritu humano es el eterno reo
Y es su eterno verdugo cruel: la Fatalidad.
Yo te miro pasar, buscador engañado,
Por los lindes remotos del ser y del no ser:
¿No te cansas de oir que el ignoto "El Dorado"
Pertenece a un país que nadie logra ver?
Embriágate: En la copa burbujea el licor
Amargo, venenoso, embriagador y fuerte:
Esa es la copa de oro que ha embrujado el amor
Y nos lo trae la novia intocada: La Muerte.
Ella es la que se acerca con su traje de nieve....
Con su traje de novia—los lienzos del sudario—
Ella es la que se acerca furtivamente leve
Y nos lleva a su tálamo sombrío y solitario.
En él nos acostamos con terrible delicia
A olvidar las fatigas que nos causó el anhelo...
¡Oh, cómo es de solemne la trágica caricia
Que hacemos a la Muerte bajo el azul del cielo!

ALEGORIA

¡Oh, impasible fastidio!—Dolor siempre uniforme—
Gusano que, en silencio, roe la carne humana
Y en nuestro corazón, como en una manzana,
Labra su cueva.... Labra su negra cueva informe...
¡Pobre alma mía!—Loca, veleidosa, inconforme—
Algunas veces mística y otras veces pagana
Pero siempre anhelosa de vivir el mañana
Para huir del fastidio que es una sombra enorme.
¡El Fastidio!—Nos hace bogar en su laguna
A cuyas negras aguas no desciende la luna
Ni el sol ardiente y rubio—Se parece a Caronte....
¡El Fastidio!—alma mía, tiene una negra barca
Y, empinado en su proa, con la mirada abarca,
Desde la onda cercana, el remoto horizonte...

RITHOS

(A Guillermo Valencia: poeta ilustre).

Almas que a los anhelos siempre vivís abiertas
Como el azul sin límites siempre abierto a los vuelos:
¡Es tan dificultoso ver cerca los anhelos
Que van por las remotas lejanías inciertas!
Almas que vais cual hojas amarillas y muertas,
En tardes invernales, bajo los blancos cielos,
Cuando las horas hilan el lino de sus velos
Y los vientos están con sus potros alertas.
Yo soy de vuestro séquito y llevo en mis arterias
La herencia lastimosa de los días de miserias
De un siglo en que, a las almas, el desencanto doma...
Yo soy de vuestro séquito... Es mío vuestro anhelo
Y, en estas horas tristes, mis ojos ven el cielo
Donde una luna enferma su faz pálida asoma.

EL SABOR DE LOS BESOS

El sabor de los besos que, en la noche callada,
A través de la reja nos ofertan los labios,
Sensuales y floridos de la mujer amada
Que pone en nuestro pecho codiciosos resabios....
El sentido esotérico de una sola mirada
Más profunda y más llena que los dichos más sabios
O la nota de un piano que, en la paz alunada
De una hora nocturna, nos orea de agravios.
Todo, en fin, todo aquello que serena y conforta,
Endulzando un poquito esta vida tan corta,
Lo resume una cita... ¡Oh, sus besos... Sus senos
En donde los instantes se pasan más serenos
Porque se sueña mucho y así se piensa menos
En la angustia siniestra que la carne soporta!

ANHELOS

A Agustín Gil.

¿Que te eleva un par de alas dí: no has sentido nunca?
Yo, a veces, he sentido dos alas en mis hombros:
Dos alas que me elevan por sobre los escombros
De este mísero valle donde la dicha es trunca.
¡Señor mío Don Quijote!: con tu nobleza humillas
Toda humana chatura. No fué en vano tu empeño!
Tú también, sobre el lírico lomo de Clavileño,
Llegaste hasta el Centauro, Orión y las Cabrillas....
Nubes de oro, de rosa! Nubes de sangre y fuego!
Locuras imposibles, enloquecedme y, luego,
Caiga sobre la dura roca del Desencanto.
¡Icaro! ¡Prometeo! Grandes caídas puras;
Castigos de las nobles e inefables locuras
Que atraen con la fuerza tremenda del encanto.

ANANKE

La sombra densa, densa, de las noches de invierno
Borra los horizontes grises y silenciosos
Y me pone como esos pobres niños medrosos
A quienes habla el aya del diablo y del infierno.
La lluvia, entre la sombra, llorosamente cae.
Las nocturnas luciérnagas brillan fosforescentes
Y mis pupilas tristes miran indiferentes
La oscuridad que sólo pueriles miedos trae.
Sinembargo existe algo que encanta y dulcifica
Con la virtud de un óleo santo que purifica
Mi alma y mis sentidos—¡Oh, alegría de mi tedio!—
Y que me torna estoico como un elejido
Para sufrir la negra tristeza del olvido
Como uno de esos males que no tienen remedio.

MIENTRAS PASA LA TURBA

—¿No te avergüenzas ¡oh, Juliano! de ser hombre y tener la misma forma que esos bueyes?

Jámblico.

Mientras pasa la turba miserable y ascosa
De los desamparados, con su marcha grotesca,
Ni una clara mirada ni una sonrisa fresca
Se sorprende entre ella. La suerte zurda acosa
La gran familia hambrienta que asorda con sus gritos
La indiferencia eterna.... (Y pensar que esta gente
Tiene amor a la vida!) ¡Oh, la llaga inclemente
Que taladra la carne! ¡Oh, satánicos ritos
Que ilustran, con mayúsculas, la cotidiana crónica
Donde se siente el hálito de una boca sardónica
Y el feroz ademán de una insaciable garra!
¡Oh, gran familia que usa la pompa del harapo
Enseñando la carne que, a través del guiñapo,
El hambre de las llagas vorazmente desgarra.

¿.....?

Este deseo de paz, este anhelo de olvido....
Vivir en un desierto como los eremitas
Sin pensar en la vida y oyendo sólo el ruido
Del viento por las amplias llanuras infinitas.
Este deseo de paz, esta necesidad
De estar solo y poder, en las noches de luna,
Sentir el alma abierta y gozar la fortuna
De un paisaje dormido y en quieta soledad.
Ser humilde, ser santo, o mejor, ser poeta,
Dialogar con las cosas como un antiguo asceta
Y oir la voz inmensa de la Naturaleza;
Este sería mi anhelo si no hubiera en mí un fuego
Que me tiene encendido y, al mismo tiempo, ciego,
Para no ver las huellas de la única belleza....

DESOLACION

En la tierra cobriza de la estéril llanura
El silencio se extiende con su hálito intenso
Y llega con el viento un vago olor a incienso
Que unge el paisaje con una tenue amargura.
¿De dónde esta tristeza que hay sobre el árbol, sobre
Las piedras del camino; sobre todas las cosas?
(¡Impasibilidad de estas piedras mohosas;
De estas ramas crispadas y estas tierras de cobre!)
Mi corazón se oprime—El silencio a lo lejos—
En una cumbre, el sol, pone ardientes reflejos,
Un calofrío de viento pasó por el breñal.
Y, en la desolación de esta monotonía,
El pozo de agua siente la dual melancolía
Del cielo y de la nube. ¡Oh, tristeza inmortal!

MELANCOLIA

De aquí para allá hay algo que discurre y ondula
Como el aroma y como el sonido en el aire
Y el color en el rayo de sol y se modula
Con el primor gracioso del más gentil donaire.
¡Recuerdos! El cortejo del placer adorable....
Días en cuyas horas se deshojaron rosas
De amor.... y la alegría y la frase inefable
Que estalla a flor de labios.... ¡Estancias amorosas!
Mas, ay! la carne duele; la rosa se hace llaga
El Fastidio bosteza y el Desencanto amaga
Cortar el hilo de oro que nos ata al encanto.
Pero queda el recurso, siempre maravilloso,
De buscar en la copa el engaño piadoso
Que hace creer que con vino se ahoga el Desencanto.

LO IMPOSIBLE

Cae la sombra fraterna sobre el verde emparrado
Y el jardinillo, en paz, se diría que piensa
En la calma estelar donde la noche intensa
El enigma supremo, hermético y callado.
La paz, la santa paz por la que he suspirado
No se goza en la vida porque esa paz comienza
Con el renunciamiento de todo en una extensa
Quietud universal que sólo han alcanzado
Los que no han existido. La paz.... la santa paz
¿Cómo voy a lograrla cuando en mí pesa el haz
De todos los pecados, que es la leña maldita
Conque el Demonio atiza la hoguera del infierno?
Alma mía—rama mustia—el huracán eterno,
Implacable contigo, te retuerce y te agita.

VENUS NEGRA

Diríase que es su piel el fondo de un abismo
Pero es graciosa como las hijas de Etiopía,
Así, al mirar sus flancos serpeantes se diría
Que en mí se enciende algún ancestral erotismo.
Sus senos son redondos y sus brazos son lisos
De terciopelo negro; su perfil es correcto
Como un dibujo egipcio y, aunque esto no sea recto,
Sus cabellos no se inflan en esponjosos rizos.
Dime Antón voluptuoso; dime hermano Francisco,
Las veces que estuvísteis sobre el abrupto risco
Donde las tentaciones abrían sus precipicios,
¿No vieron vuestros ojos, que la fiebre demuda,
Pasar ante vosotros, ondulante y desnuda,
La visión de la Venus Negra de los fenicios?

EN SUEÑOS

Jardines de opio y éter donde los sueños hilan
Sutiles vestiduras de sombras silenciosas
Y por las avenidas, dormidas, se perfilan
Sin hacer que despierten las lilas y las rosas.
Mis ojos en la noche diríase que vigilan
El misterio fantástico que hay en todas las cosas.
(Los sueños vagamente se escurren y desfilan
Arrastrando sus túnicas leves y silenciosas).
Por un cielo verdoso, donde no hay ni una nube,
Lentamente, la luna tras de los cerros sube
Y el jardín se ilumina de alcohólicos vapores....
El estanque se puebla de astrales abstracciones
Donde el agua, nerviosa, dice las emociones
De las ondas que sueñan femeninos temblores.

NOX

Yo no sé lo que tengo. ¿Quién lo podrá saber?
¿Influenciaría mi horóscopo Satanás o Saturno?
—Me pregunto esta noche—El silencio nocturno
Se tapa los oídos para no responder.
—¿Por qué esta angustia oculta que oprime mi garganta
Como la mano odiosa de un feroz malhechor?
(Alma mía, ¿tú no sabes que el amor y el dolor
Como a hijos gemelos una loca amamanta?)
—¡Miserable de tí!—dice adentro una voz.—
(Una raya de azufre signa el cielo, veloz,
Aulla un perro y el viento sobresalta las frondas).
Miserable de mí pienso ahora y acaso
Deje de serlo cuando, con extrahumano paso,
Vaya a engrosar un día las espectrales rondas....

EXTASIS

Silencio filosófico—amable soledad—
Infinita extensión azul y ensoñadora
Donde la concepción de nuestra santidad
Nos suaviza el espíritu en la paz de la hora.
Su evangelio seráfico dice la caridad
Por la senda interior que de rosas se enflora.
¡Oh, Fantasía lírica tiende tu idealidad
Sobre este árbol que canta y esta fuente que llora!
Traza a mis ojos tristes la línea del camino
Que conduce a la cumbre del ideal divino
En esta hora serenamente crepuscular....
Enséñale a mi alma la ignorada canción
Rimada en el intenso ritmo de la emoción
Que nos conturba el alma cual la visión del mar.

FATUM

Soy un pobre poeta—amargo árbol maldito—
En cuyas ramas cuelgan las horcas del pecado,
Y en una de ellas, mira, oscila un condenado
Es mi espíritu, míralo con dolor infinito.
Quiero que lo contemple tu espíritu callado.
Que, ante él, se recoja tu corazón contrito.
¿No sentirá piedad para este condenado
Tu manso, blanco y casto candor de corderito?
Comprendo que no me amas: sé que tienes razón
Porque te inspira asco mi pobre corazón....
¡Mi corazón!—Sangrante laceria de impiedad—
Una cosa te pido: escúchame callada
Ungelo con el óleo santo de tu mirada
Porque esto solamente dice tu caridad.

PROFECIA

Las horas ilusorias de amor serán perdidas,
morirá la pasión.
(Horas que son estancias de nuestras propias vidas
Donde dejó sus tules azules la ilusión).
Informes esperanzas y remotos anhelos
pasarán al azar
Como pasan las nubes lejanas por los cielos,
Como pasan los vientos perdidos sobre el mar.
Se oirá el eco remoto de la última palabra,
sonando, como un reto....
¡Monje que, día por día, su sepultura labra
En donde los gusanos mondarán su esqueleto!
"Dies irae"! ¡"Dies irae"! Un trágico "dies irae"
vendrá como expiación....
Vendrá, y un viento loco hará que el polvo jire
En una despiadada y zurda aparición.

Visión de perro astroso que aulla su miseria
olfateando en el suelo:
¡Dá el aullido que hará sobrecoger mi anhelo
Enséñame el colmillo que romperá mi arteria!

CANCION DE CUNA

¿Sabeis qué es un niño? Un enigma humano
Que ríe o que llora....
Su alma es hermética; su vida es un vano
Desfile ilusorio de cosas que ignora.
Sonrisas ingenuas; miradas intensas....
Acciones futiles....
Fantasmagorías que evocan inmensas
Quimeras que vuelan con alas sutiles.
Todo lo que ensueña, todo lo que encanta,
Todo lo que ríe....
Sus días, en un himno, la vida levanta
Por más que a lo lejos la pena le espíe.
Anhelos confusos; deseos remotos
Que pasan ligeros....
Amores, dolores, placeres ignotos
Le están esperando por otros senderos.
¿La rubia princesa? la aldeana sencilla
Le guardará un beso?
¡No alejes la barca, detente en la orilla
Viajero que en dulce berceuse estás preso!
Ser niño es ser mago: son horas de magia
Las horas de juegos y de abecedario;
Pero, ay! una lágrima, brillando, presagia
La vía de amargura, la cruz y el calvario.
¡Volver a ser niño!—Deseo imposible!—
Tornar a la fé....
Creer como antes—¡si fuera posible
Rezarle a la Virgen y al buen San José....!

Evoco anhelante los días de escuela,
Los cuentos de hadas y aquel Ratón Pérez....
Olvidé tus rezos, ¡perdóname abuela!,
Por la loca y roja canción de Citeres.
Anhelo ser niño... Volver a las risas...
Leer a Perrault!
¡Oh, labios de fresas llenos de sonrisas!
¡Oh, gráciles bucles dorados de sol!

CANCION CITEREA

Hay mujeres que son doctoras en engaños,
Sabias en la mentira; maestras en la traición,
Mujeres que deshojan la flor de nuestros años
Y envenenan el vino de nuestro corazón....
Hay mujeres que son doctoras en engaños.

Conocí una de esas ya demasiado tarde,
Cuando me había engañado con su ciencia maldita
Y sufro aún y lloro, como un niño, cobarde.
Por eso ahora deploro, con tristeza infinita,
Haberla conocido ya demasiado tarde.

Yo no sé qué tenían sus ojos turbadores,
Pero me delataban algo negro e interno
Pues brillaban a ratos con siniestros fulgores
Como una evocación terrible del infierno...
Yo no sé qué tenían sus ojos turbadores...!

Sentía que me atraían... me atraían... me atraían...
Como una hoja hacia el vórtice fatal del remolino;
Aquellos ojos algo de extrahumano tenían....
Con su mirar terrible que parecía divino
Yo sé que me atraían... atraían... atraían...!

Sus labios eran rojos como sangrienta herida
Y sus besos quemaban, como si fueran brasas...

¡Oh, labios quemadores que en la hora perdida
Con sólo tus recuerdos a mi alma traspasas!
¡Oh, labios, labios rojos como una fresca herida!

Sus manos eran blancas y eran finos sus dedos
Con yemas sonrosadas y con uñas graciosas.
¡Sus manos eran doctas en caricias y enredos!
Tenían fragancias crueles lo mismo que las rosas
Aquellas manos blancas y aquellos finos dedos...

Yo recuerdo sus manos.... Sus caricias felinas
Evócanme la leona, la tigre y la gata
Y alumbran mis recuerdos con luces mortecinas
La alcoba, cubil tibio, de aquella grata ingrata
Que hipnotizó mi alma con caricias felinas.

Y recuerdo sus senos: sus senos eran blancos
Y exhalaban un cálido perfume afrodisíaco;
Recuerdo las dos curvas gráciles de sus flancos
Que movía en devaneos de áspid paradisíaco....
¡Sus flancos eran gráciles...sus senos eran blancos..!

En esos senos blancos me dormí muchas veces,
Y ceñí con mis brazos la curva de esos flancos.
A Citeres nosotros dijimos estas preces:
(Ella alzaba las manos y erguía los senos blancos,)
—"¡Oh, Diosa, has que juntos estemos muchas veces!"

Una noche, en la cálida penumbra de su estancia,
A la luz de una lámpara ténuemente discreta,
Me dió un abrazo largo.... Una sensual fragancia
De carne femenina me embriagó en la secreta
Penumbra pecadora que poblaba su estancia.

Todavía siento el lazo siniestro de sus brazos
En torno de mi cuello. ¡Dulce abrazo fatal!
¿Por qué no me mataron aquellos crueles lazos
Como a un truhán miserable que lo mata el dogal?
¡Aun siento por mi cuello deslizarse sus brazos!

ENVIO:

¡Oh, tú la amante pérfida! ¡Oh, tú la amante infiel!
Aun sigues devanando, cruel, mi pensamiento.
¿Cuando leas estos versos no sentirás la hiel
Que en su esponja terrible pone el remordimiento?
¡Oh, tú, la amante pérfida! ¡Oh, tú, la amante infiel!

EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

I

Yo fuí un mago negro del misterioso Oriente.
Soplé la flauta mágica que encanta la serpiente.
Entré en la selva virgen y en la índica pagoda;
Fuí a Benáres, Calcuta, Samarkanda y Baroda,
Vistiendo la talar vestidura albicante,
Mis pies iban descalzos y me cubría el turbante.

Yo fuí un mago negro del misterioso Oriente:
Conocí el ritmo oculto que encanta la serpiente....
La sutil bestia elástica, ondulante y ligera,
¡La única que sabe lo que la bayadera!

A musitar mis preces ante el altar de Buda
Me acerqué muchas veces con el alma desnuda
Y en la inmensa pagoda, solitario, conmigo,
Pasé días y noches mirándome el ombligo
Hasta llegar a un sutil renunciamiento,
Desligado de toda ligadura profana,
Así, con mis sentidos y con mi pensamiento,
Me dormía en los vagos olores del Nirvana.
Pensaban los profanos que ya yo iba a morir....
¡Oh, mis puños crispados!.... Mi lecho de fakir....

En las horas de siesta ven mis sueños errantes,
De fumador de opio, bambúes y elefantes....
¡Aún evoco las vírgenes selvas del Indostán!
Las ondas de mi Ganges sagrado siempre van
Perezosas y puras.... ¡Oh, mi Ganges remoto
Y umbroso en cuyas aguas florece el santo loto!

II

Niña! mi dulce niña, yo tenía una serpiente
De pupila magnética redonda y persistente;
Temía hasta mirarla y me atraía de suerte
Que quería ingenuamente que me diera la muerte.

Niña! mi blanca niña, yo tenía una serpiente
Distinta de las otras y ondeaba como ardiente
Llama que se desliza sobre las hojas secas
Y al escuchar los rítmicos sonidos de mi flauta
Subía rápidamente por mis piernas entecas
Siempre ondulante, siempre ágil, bíblica y cauta.
Niña! mi hermosa niña, mira, mi blanca veste
Pasó flotando sobre el Reino de la Peste....

ENVIO:

Una vez en la plaza de una ciudad de Oriente
Soplé la flauta mágica y encanté la serpiente,
La serpiente insinuante, ondulante y flexible
Que tenía la mirada hipnótica y terrible
Como ese fluido adverso que algunos llaman guiña
Y se hundía en mi alma, como la tuya, niña...

A UNA NEGRA

Rosa negra!... lirio negro! perla... diamante negro!
Te encontré en mi camino y, por eso, me alegro.
¡Oh, tú, la que, en la luz láctea de tu sonrisa,
Irradias, como hostia, para mi negra misa!
Nadie sabe el valor único que aprisionas
Cuando, en la siesta ardiente, a ensoñar te abandonas...
Rosa negra! lirio negro! perla, diamante negro!
¡Joya de una corona imperial! Reina de Saba!
Tu perfil impecable en mi alma se graba
Y no se aparta de ella, y por eso me alegro.

¿No te acuerdas, ni en sueños, de tu Africa remota?
—Costa de los Esclavos! y el Marfil! Costa de Oro!
Montañas de la luna! Vaga ilusión ignota
De aristocracia negra—¡Paradojal decoro!—
Tus ancestrales fueron cazadores sutiles
Que tenían ricas pieles, y plumas y marfiles.
Iban semidesnudos. Un rey negro, tu abuelo,
Abatía con las flechas, las torcaces al vuelo;
Tenía un negro rebaño de esclavos siempre fieles
Que solían ofrendarle leche, frutos y mieles.
He aquí por qué yo pienso que tu femínea gracia
Tiene auténtico timbre de rancia aristocracia.
Mas, precisar no puedo de donde vienes tú,
Sospecho, solamente, que eres de Tomboctú
O, ¿quizá Bubastes? Tal vez de Butemela,
Donde se dan los clavos de olor y la canela,
El ámbar y las gomas y el precioso alcanfor
Que vence, en los conventos, al diablo tentador.
Pero, en esos países, las hembras son traidoras
Como las tigres de las que son cazadoras....
Es lo cierto que tu alma guarda cosas arcanas
Exactamente como las noches africanas.

Don Juan nunca, quizá, sintió su corazón
Por una como tú palpitar de emoción
Y yo, porque he mirado tu rostro de abenúz
He sentido mi carne pendiente de la cruz
Del Deseo y he querido decirte, paso a paso,
Frases suaves.... suaves como tu piel de raso.

Eres divinidad de mi culto nocturno,
La noche misma eres.—Te codició Saturno—
La noche misma con sus sombras, sus estrellas
Y su luna de plata;
La noche, con sus gracias fantasmales y bellas
Y su mora añoranza de amante serenata.
Te codicio y lo sabes. Tu amor es un misterio
Para mí que, errabundo —como en un cementerio
Un chacal,—he vagado en la sombra. ¡Oh, amores
Muertos que me alumbran con fatuos resplandores!

Nadie sabe tu gracia y la gente vulgar,
Porque eres tan rara, no te sabe admirar;
Necesitas que yo, tu poeta, te cante
Para que, en seguidas, tengas más de un amante.
El vulgo ve las rosas rojas, los lirios blancos
Y prodiga serviles coces de aplausos francos.
Pero como tú eres única y soberana
Aquel que da el aplauso vulgar no te profana.
¿Qué cuerpo igual al tuyo? Terrible y adorable,
Tu ser ondula en una vaga línea impecable.
Mujer-serpiente, llama, carbón y sombra:
Eres como un conjuro y mi boca te nombra
Y sentiré algo así como un paroxismo
En la hora en que te únas, a mí, por exorcismo.

No te apartes de mí. Sabes que te comprendo.
Mi corazón como una lámpara yo te enciendo.
Yo cubriré tu cuello de cambiantes grisgrises,
Te quemaré resinas lo mismo que en un culto
De idolatría y tendrás un vasto reino oculto,
De lujuria y deleite, cuando en mí te deslices.
Refrescarán tus sueños rumorosas palmeras
Y alisarán tu cuerpo pieles de panteras....
¿Qué quieres? Las estrellas que en la noche vigilas
Están, como en dos pozos, nadando en tus pupilas.
Pero, no es eso todo lo que tu alma quiere:
Ella quiere el Desierto africano también,
El Desierto en donde un sol de fuego hiere
Las plantas del viajero y hace sudor su sien....

Si quieres el Desierto, temblando de emoción,
Acércate y, por mí, tus pasos deja guiar....
El Desierto africano está en mi corazón,
Busca en él un oásis... Reina, sola, en su Aduar...

TRADUCCIONES

—

ANTONIO Y CLEOPATRA

(José María de Heredia)

Los dos juntos miraban, desde la alta terraza,
El Egipto dormirse bajo un cielo asfixiante
Y el Nilo que, a través del Delta, va adelante,
Hacia Bubaste o Sais, rodando su onda crasa.
Y el Romano sentía, en la férrea coraza,
(Cautivo a quien arrulla el sueño de un infante),
Caer desfalleciente en su pecho triunfante
El cuerpo voluptuoso que estrechamente abraza.
Entre cabellos brunos la frente ella tornaba,
Y, hacia el que con perfumes de amores la embriagaba
Tendió sus labios rojos.... Sus miradas ligeras....
Y, sobre ella, encorvado, vió el jefe vencedor
Que en sus inmensos ojos de un claro resplandor
Había un extenso mar donde huían las galeras.

LA TUMBA DE POE

(De Stéphane Mallarmé)

La Eternidad, al fin, lo muda de tal suerte,
Que el Poeta despierta, al fulgor de su espada,
Su siglo horrorizado porque no supo nada
Del profundo sentido del triunfo de la Muerte.
Como a la hidra antigua, con un vil sobresalto,
Escucharon al ángel que no entendió la gente
Y, para difamarlo, proclamaron muy alto
El negro sortilegio de una embrujada fuente.
Del suelo hostil, ¡Oh, agravio!, y de la nube aleve....
Si nuestra idea no esculpe grácil bajo-relieve
En la tumba de Poe que, toda en luz, fulgura:
Que este granito, bloque que en un desastre oscuro
Cayó serenamente, sirva en su sepultura
De límite a los vuelos que el rencor da al futuro.

TRISTEZA DE ESTIO

(De Stéphane Mallarmé)

El sol sobre la arena. ¡Luchadora dormida!
Calienta tus cabellos un baño langoroso,
Ante tu gracia adversa la mirra está encendida
Y mezcla, con el llanto, un brebaje amoroso.
En la calma inmutable de esta blancura ardiente
Dirás entristecida—¡caricias perezosas!
No una momia seremos los dos eternamente
Bajo el desierto antiguo de palmeras gozosas.
Pero tu cabellera es como un tibio río
Para nadar mi alma sin ningún calosfrío
Y encontrar esta Nada que aun a tí no te arredra.
Gozaré el fingimiento que en tu llanto prefieres,
Y así sabré si das, al corazón que hieres,
La insensibilidad del azul y la piedra.

BRISA MARINA

(De Stéphane Mallarmé)

Leí todos los libros. ¡Ay, que la carne es triste!
Quisiera huir muy lejos, a un país que no existe....
Los pájaros marinos se embriagan dulcemente
Sobre la espuma ignota, bajo los amplios cielos.
Nada a mi corazón detendrá, ciertamente....
Nada! ni aquellas cosas que amables rastros dejan,
Ni los viejos jardines que mis ojos reflejan
Sino que aumentarán mis errantes anhelos!
¡Oh, noches! de mi lámpara la claridad se enciende
Sobre el papel vacío cuyo blancor defiende.
Nada a mi corazón lo detendrá, de fijo,
Ni aun la joven querida que amamanta su hijo.
Yo partiré: Steamer, balanceando tu arboladura,
Leva el ancla para una remota tierra oscura!
Un hastío desolado por crueles señuelos
Crece con el supremo adios de los pañuelos;
Y quizás estos mástiles invitan los presagios
De ser de los que un viento barre hacia los naufragios
Perdidos y sin velas ni islotes salvadores,
De aquellos que, a menudo, se ven de los vapores....
Ni aun esto detendrá mis deseos viajeros....
¡Ven corazón, escucha el canto de los marineros!

MI SUEÑO FAMILIAR

(De Paúl Verlaine)

En la noche que llena mi retiro
a mí llega con andar muy quedo;
un anillo nupcial fija en mi dedo
y en mí clava sus ojos de zafiro.
Su voz escucho y su fragancia aspiro
en éxtasis de amor; apenas puedo
balbucir como un niño, y siento miedo
de que se me diluya en un suspiro.
Mi lámpara nocturna palidece
ante la luz del alba; desparece
esa visión de diáfano pergeño
que apenas para el alma que la nombra
fue algo como la sombra de una sombra
o un sueño recordado de otro sueño.

Eduardo CASTILLO.

Bogotá, 1922.

A menudo, hasta mí este ensueño desciende:
Una desconocida que amo y que me ama,
Con una voz remota dulcemente me llama
Y por extraño modo mi espíritu comprende.
Y pues que me comprende rompe el adverso encanto
Que hay en mi corazón.... Consoladoramente
Ella nomás refresca de mi pálida frente
El sudor que la inunda con rocío de llanto.
¿Es sonrosada? ¿es rubia? ¿es morena? Lo ignoro.
¿Su nombre?... yo recuerdo que es muy dulce y sonoro,
Como el de las amadas que a la tumba se fueron.
De una frialdad de estatua su mirada está llena
Y hay en su voz lejana, apacible y serena,
La inflexión de las voces queridas que murieron.

VIAJE DE ILUSION

(De Arséne Housaye)

Son los vagos crepúsculos de la hermosa estación.
Cantando, la cigarra danzó por la pradera;
Está el rocío enjoyando la alfalfa en primavera
Y mienten las luciérnagas estrellas de ilusión.
Hemos ya traspasado la rústica mansión
En la ilusoria y frágil barca de la quimera....
¡Con tu mano en la mía, mi Egeria, se dijera
Que nos abandonamos en dulce ensoñación!
Esta es la hora serena de la ideal belleza
Todo vive y ensueña por tí Naturaleza:
El pájaro que canta, la abeja que revuela....
Diríase que son besos el golpe de los remos
Y, como humo de incienso que sube al cielo, vemos
Que el amor, hecho aromas, de nuestras almas vuela.

FRESCO DE POMPEYA

(De Arséne Housaye)

Se ven flotar los vagos vapores matinales.
Tiñe el alba el Oriente de tonos virginales;
La diosa de ojos fieros, sobre el altar, de pié
Ciñendo la diadema su frente ya se vé.
Brilla, tal como quiere que brille el estatuario,
La piedra selenita del fondo del santuario.
Con el humo sagrado los valles están llenos;
Bajo el velo de Isis se entrevén los dos senos
Fecundantes de Juno, cuya vista se enciende.
—¡Senos blancos y castos, más castos que la espuma,
Más blancos que la nieve, más suaves que la pluma!....
¡Senos blancos y castos que la mano no ofende!—

El cetro entre sus manos irradia áureo destello,
Un collar de granate serpentea por su cuello
Y toca con el pié la cola desplegada
Del pavón que la tiene tal como deslumbrada.
Coronados de mirtos, indolentes los flancos,
Se acercan los esposos a los mármoles blancos.
Llevan flores a Juno a modo de presente.
Entre tanto, en el atrio, Himeneo se advierte,
Un aire de tristeza pasa sobre su frente,
Enciende las resinas y un rojo vino vierte.
Mas ¿del bosque sagrado qué se ve en la espesura,
En donde el muelle céfiro se balancea y murmura?
Son jóvenes parejas. Del bosque, tras los velos,
Van cantando que Juno siempre les causa celos;
Que el himeneo no pueden diariamente segar,
Que Eros a la más bella prefiere coronar
Y, porque la Belleza le dió sus moldes fieles
Para su altar escoje los senos de Cibeles.

INDICE

INDICE

LA LAMPARA ENIGMATICA

	Páginas
MI HORA ROMANTICA...	3
Epígrafe...	3
Recordando (Elegía)...	4
Nocturno...	8
Divagación...	9
¡Las mismas cosas!...	11
A CITERES!...	15
¿Te acuerdas?...	15
Voy por los mismos sitios...	15
Dáme un poco de aroma...	16
Desencanto...	16
Fatalidad...	17
En las horas perdidas...	17
MELANCOLIA...	19
Expectación...	19
Invocación...	19
Tránsito...	20
EL ALMA DEL TOCUYO...	21
Dílo suavemente...	21
Evocación...	22
Apunte...	23
La ventana...	23
Mediodía...	24
Crepúsculos...	25
Nocturnos...	27
EVOCACIONES ANTIGUAS...	31
La copa de Anacreonte...	31
El ánfora de Epicuro...	32
Bajo-relieve...	32

INDICE

	Páginas
LOS POEMAS MALDITOS	35
Invitación	35
Olores salvajes	41
Ironía cordial	43
Desencanto	45
Lo que dice el silencio	46
En vano!	48
Alegoría	49
Rithos	49
El sabor de los besos	50
Anhelos	50
Anánke	51
Mientras pasa la turba	51
¿.....?	52
Desolación	52
Melancolía	53
Lo imposible	53
Venus negra	54
Ensueños	54
Nox	55
Extasis	55
Fatum	56
Profesía	56
Canción de cuna	57
Canción citerea	58
El encantador de serpientes	60
A una negra	62
TRADUCCIONES	65
Antonio y Cleopatra (Heredia)	65
La tumba de Poe (Mallarmé)	66
Tristeza de estío (Mallarmé)	66
Brisa marina (Mallarmé)	67
Mi sueño familiar (Verlaine)	68
Viaje de ilusión (Houssaye)	69
Fresco de Pompeya (Houssaye)	69
Fin de Lámpara enigmática	70

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039968268